

DESTRUCCIÓN

LA CARRETERA, 10.^a Edición

Cormac McCarthy

Premio Pulitzer 2007

Editorial Mondadori, Barcelona (España), 2007. Págs. 222

“La carretera, escribió José M.^a Guelbenzu en *Babelia*, es un libro valiente, honesto y necesario como pocos, y Cormac McCarthy ha vuelto a dar lo mejor de sí mismo”. En el diario “La Razón” escribió Diego Gándara: “Esta novela está llamada a ser una de las grandes obras de la literatura universal”.

“La carretera” es ciertamente un libro que sabe enganchar al lector y que se lee prácticamente de un tirón, ansioso el que lee de conocer las vicisitudes que acontecen a un padre que lucha por atravesar un terreno desolado, acechado por mil peligros, en un intento de poner a su hijo de corta edad a resguardo.

Los protagonistas de la narración son un hombre y un muchacho a los que McCarthy jamás designa por un nombre propio (en un intento tal vez de significar con ello que son simplemente dos representantes de la raza humana en medio de una tierra devastada), caminando hacia el sur en busca de un clima más benigno por una carretera que atraviesa parajes calcinados, pueblos abandonados, ríos sucios en los que no queda vestigio de vida. El yermo asolado que padre e hijo atraviesan es el tercer protagonista de la historia, aunque igualmente tampoco sabemos cuál es su origen.

En esta historia, McCarthy lleva al lector por un páramo desolado, oscuro, sombrío. Los últimos rayos de sol se pierden en la memoria. Todo es nada, destrucción, ceniza que todo lo invade: el agua, los tocones quemados de los árboles, los cadáveres al borde de la carretera. Una carretera que ya no lleva a ninguna parte, al menos, adonde merezca la pena ir. Tan sólo es monumento de tiempos pasados y escenario de pillaje, esclavitud, asesinato y canibalismo. Sólo queda el aquí y el ahora. No porque el futuro sea incierto, sino porque la certidumbre de la muerte es absoluta y brutal. La nostalgia del pasado es inútil y el primer paso en la rendición.

Y en ese viaje, que padre e hijo emprendieron hace años, acabar cada jornada es todo un logro, no sólo físico. La moral colectiva hace ya tiempo que ha desaparecido. La ética individual se ve asediada cada día. El niño, que no tendrá más de once tiernos años, se cuestiona a cada paso: “¿Hacemos esto porque somos buenos?” y termina por decirle a su padre: “No sé qué estamos haciendo”. Y es que ¿a qué tanto esfuerzo si el resultado final es casi seguro y deseable las más de las veces? La vida es terca y obstinada, supongo. Como el amor. Pero los profetas tenían razón. Dijeran lo que dijeran, tenían razón, como concluye el padre. No hay vuelta atrás ni posibilidad de arreglo. Dejó de haberlas desde mucho antes del desastre, una catástrofe nuclear que terminó con la vida en la Tierra tal como la conocemos ahora, catástrofe de la que apenas existen supervivientes.

McCarthy utiliza un lenguaje sobrio, incluso sombrío, del que se sirve para contar la historia. Como el reflejo de un mundo sin futuro, el lenguaje se vuelve incisivo, parco, alejándose de cualquier intento de embellecerse, pero preservando a pesar de ello cierto grado de tétrico lirismo, del que el autor se sirve sobre todo a la hora de describir los paisajes desolados, cubiertos de ceniza, que los protagonistas atraviesan en su éxodo.

El lector se ve involucrado en la lucha de los protagonistas por la supervivencia, ya que éstos se encaminan hacia el sur huyendo del frío que como una maldición se extiende por toda la tierra, siguiendo una carretera abandonada que atraviesa paisajes calcinados. Una carretera que en el fondo no es más que un vestigio de lo que la vida fue antes de la hecatombe y que se convierte en un símbolo muy apropiado para representar nuestra civilización, pero que ahora se encuentra cubierta de una ceniza espesa que tapa el sol. Una carretera recorrida por hordas de hombres hambrientos que no dudan en matar (y comerse) a cualquier infeliz que se cruce en su camino, evidenciando que el hombre siempre está dispuesto a ser un lobo para el hombre, especialmente cuando las circunstancias son adversas.

Así, pues, Cormac McCarthy recrea una historia de supervivencia marcada por el agotamiento, el frío, el hambre y el miedo del padre, al que todavía asaltan recuerdos del mundo colorido que conoció en su niñez, antes de que fuese sepultado por toneladas de ceniza tóxica. Pero también quiere dejar el autor una puerta abierta a la esperanza, representada en la actitud cándida del niño cuya bondad sorprende pese a haber nacido y sido criado en un entorno hostil rodeado de muerte y destrucción, donde la vida es un esfuerzo continuo y conservarla un milagro.

“La carretera” es, en su magnífica concisión, muchas cosas: en primer lugar, una novela de ciencia-ficción apocalíptica que recuerda a las mejores obras de J.G. Ballard. Además, también es una tensa historia de aventuras y supervivencia que nos hace evocar al clásico insuperable del género, el Robinson Crusoe de Daniel Defoe. Asimismo, tiene muchos puntos en común con “Soy leyenda”, de Richard Matheson. Y por último y más importante, un tremendo canto al amor filiar, la epopeya de un padre que trata de mantener con vida a su hijo en medio de todos los desastres imaginables, contada con un estilo lleno de resonancias bíblicas, como si nos halláramos ante la recreación de alguna parábola del Antiguo Testamento. De nuevo, encontramos la huella de los maestros de McCarthy: los elípticos diálogos que podría aparecer en cualquier cuento de Hemingway, la compleja retórica “faulkneriana” (en este caso, mucho menos retorcida que en su anterior obra maestra, “Meridiano de sangre”), el despojamiento vital de los protagonistas de las obras de Samuel Beckett. Todo integrado con una intensidad que, por instantes, se vuelve alucinatoria, casi insoportable. Pero hay que leerla, a pesar de su dureza. Se trata, probablemente, de la mejor novela publicada en España durante 2007, de una obra que pervivirá durante largo tiempo en la memoria y el corazón de sus lectores.

La metáfora acuñada por McCarthy en “La carretera” es sin duda ninguna brutal, y lo es desde cualquier punto de vista, desde el material y el espiritual, logrando así una narración modélica, densa, cruda, sólida, sin adornos, propia de un maestro insertado ya en la gran tradición de literatos estadounidenses con pulso de acero e historias sin respiro.

Se está llevando a cabo la adaptación cinematográfica de esta novela. La película está protagonizada por Viggo Mortensen y un niño. En flashbacks aparecerá Charlize Theron. La dirección corre a cargo de John Hillcoat.

Si dejamos aparte las últimas páginas que cambian demasiado el tono del argumento y que incluso contradicen lo que se venía declarando hasta ese momento, el final es algo que podría haber ocurrido en cualquier otra ocasión y que sirve para cerrar solo porque en algún momento habría que finalizar. Pero se podría seguir narrando la historia sin acabar jamás.

“La carretera” es, pues, una novela psicológica que posee el mérito de hacerle comprender al lector una situación y unos sentimientos complejos sin decirle ni una sola palabra sobre ellos. Igualmente tiene la enorme virtud de lograr que se identifique de manera fortísima con los protagonistas sin haber realizado un retrato de sus personalidades. Es una novela muy intensa.

Escribió Enrique Murillo en el diario “El País” que “Javier Marias, preguntado por si él era candidato al Nobel, respondió que si alguien merecía ese galardón era Cormac McCarthy”. Del mismo modo, Robert Saladrigas escribió en “La Vanguardia”: “Junto a Salinger y Thomas Pynchon, Cormac McCarthy es el otro eremita de la narrativa norteamericana. No se deja ver, apenas fotografiar, nadie sabe ahora mismo por dónde pisa. De los tres autores de culto, para mí es el más grande”.

Cormac McCarthy nació en 1933 en el estado de Rhode Island y creció en Knoxville (Tennessee), donde se desarrollan sus primeras cuatro novelas. En 1965, llamó la atención de la crítica internacional con su trabajo “El guardián del vergel” (Debate, 2000), que ganó el premio Faulkner a la primera novela. Más tarde aparecerían “La oscuridad exterior” (2006), “Hijo de dios” (Debolsillo, 2003) y “Suttree” (Mondadori, 2004). En 1981, Cormac McCarthy recibió el premio MacArthur Fellowship, el reputado Genios Grant, y escribió “Meridiano de sangre” (Debolsillo, 2001), quizá su mejor obra.

Las circunstancias de su biografía se hallan envueltas en la leyenda: no concede entrevistas, se dice que vivió bajo una torre de perforación petrolífera y que en su juventud llevó la vida de un vagabundo. La publicación en 1992 de “Todos los hermosos caballos” (Debolsillo, 2002), ganadora del National Book Award y primero de una trilogía, lo reveló como uno de los autores de mayor fuerza de la nueva narrativa norteamericana. Su éxito de crítica y público se vio incrementado con la publicación de “En la frontera” (Debolsillo, 2004) y “Ciudades de la llanura” (Debolsillo, 2005), que completan la llamada “Trilogía de la frontera”. En 2006 apareció “No es país para viejos” (Mondadori). “La carretera” es su última novela.

Carlos Benítez Villodres

Málaga - España

<http://www.carlosbenitezvillodres.es>